

por el presunto derecho a predominio que la idea de privilegio envuelve, creando así situaciones sociales de odio, y aun de lucha, enteramente contrarias al espíritu cristiano. Contra todo lo que ese exclusivismo presume, el autor del folleto reconoce y admite la sustancial analogía de todas las grandes religiones existentes, en cuanto respecta a su origen psicológico y a sus fines morales: pudiera decirse, tal vez, que las religiones son el fruto de una intuición más o menos poderosa, gracias a la cual somos capaces de entrever, como entre las nebulosidades de un éxtasis, la sombra del Espíritu mil veces soberano que desde las alturas dicta a nuestras indecisiones las más puras y ennoblecedoras enseñanzas del amor, esas mismas sublimes enseñanzas que las religiones, exponentes psicológicos de una misma inspiración, reveladora de su pristina unidad, unánimemente han elevado a la nobleza imprescriptible de preceptos morales; tal es el criterio elevado y justo con que la filosofía teosófica contempla el fenómeno de las religiones, según en el opúsculo a que estas líneas se contraen lo plantea, de modo elocuente, el profesor don Enrique Jiménez Núñez.

En nada se ha mostrado tan áspera ni tan irreductible la intransigencia del hombre como en lo que atañe a las decantadas excelsitudes de la religión,—origen, sin embargo, de horrores que la historia consigna en páginas negras: esa odiosa mezquindad del entendimiento ha sido parte principalísima a impedir que la confraternidad cristiana asiente su noble imperio en los dominios de la conciencia y de las costumbres. Es verdad que la civilización nos ofrece ahora un hermoso espectáculo,—el mejor de sus triunfos, tal vez: la convivencia pacífica de las más antagónicas religiones; he ahí la obra lenta, pero firme, de un tenaz apaciguamiento; pero eso no es todo: hace falta que el pensamiento suba a más serenas regiones y que desde allí, depurado de todo prejuicio por el ambiente que respira, sólo contemple en las religiones formas de comunicación con el sér supremo; sin duda alguna, en esas formas se refleja toda la incapacidad de la mente para dar expresión a lo incognoscible, que en nuestras manos de presuntos artistas suele cobrar apariencias extravagantes o deformaciones de caricatura; ni sería justo arremeter contra las naturales deficiencias de nuestra comprensión para concebir lo sumo, ni contra la mediocridad de los medios, rituales o no, con que se le rinde pleitesía al dios desconocido,—tan desconocido para nosotros como lo era para los atenienses; lo sensato sería no empequeñecer el concepto de divinidad con

manifestaciones litúrgicas que sólo podrían satisfacer la vanidad superhumana de un ente, como nosotros, los simples mortales, limitado y mediocre; de cualquier modo que sea, ello es evidente que en la idea de un sér superior existe el principio de tales interpretaciones. En ese postulado se funda el sabio maestro don Enrique Jiménez Núñez para entender que las grandes religiones no discrepan sustancialmente unas de otras.

Lo fundamental en el folleto se contrae, sin embargo, como reza su título, al segundo, al próximo advenimiento de Cristo a la tierra,—de que, según el autor, dan testimonio las más visibles señales de los tiempos presentes, que él anota é ilustra con comentarios y reflexiones en que se trasluce la delectación de un convencimiento adquirido a la luz de una soñadora, pero elevada filosofía; después de todo, si de algo sirve la Filosofía es sencillamente porque ella nos proporciona el medio de utilizar las ideas para erigir construcciones por entre cuyas maravillas de alhambra se pierde el espíritu que busca una solución a las interrogaciones de la eterna esfinge. Ciertamente, no sabríamos medir el cuántum de verdad que reposa, como un diamante en formación, en el fondo de esas lucubraciones, y aun pudiera ocurrir que, tras fatigoso trabajo de mineros, durante el cual sostuvo nuestra energía la vislumbre de un resplandor misterioso, no diésemos por fin con las luminosas cristalizaciones, objeto de nuestras ansias. No le ha pasado tal cosa, por ventura, al noble pensador costarricense: la histórica documentación sagrada, en que el más puro sentido religioso predomina, ese merced al cual el pensamiento cobra eternidad viviente; los movimientos sociales que insinúan reivindicaciones y que aparecen desligados unos de otros, si bien en todo rigor ellos son sin duda movimientos afines por sus tendencias altruistas; la literatura filosófica que hunde su raíz en las propias entrañas de los pueblos antiguos y que confronta como parte de un mismo fenómeno los problemas de la vida terrestre y los de ultratumba,—todo eso lo lleva a pensar, con sólida certidumbre, por de contado, que el segundo advenimiento del buen Jesús está para verificarse en fecha muy próxima; vuelve el dulce Nazareno a rehacer su obra maltrecha de justicia y de amor; un don como de iluminado, muy propio de temperamentos sensibles a las exaltaciones del bien, capacita al soñador costarricense para seguir los pasos del Maestro por las calles tortuosas de la nueva Jerusalem, hoy extendida sobre el haz de toda la tierra, y aun para escuchar su voz lenta y armoniosa, que sobre las multitudes en éxtasis deja caer la lec-

ción de la parábola, entre cuyas entonaciones se percibe la música de las esferas, no concedida a instrumento humano: el autor ha recordado estas palabras del Maestro que reproduce San Juan: «...vendré otra vez, y os tornaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis». Pero nosotros, ¡ay Dios!, no compartimos esa certidumbre,—llamémosla así, no fe, porque esa certidumbre es fruto de raciocinio; de ningún modo, obra de imposición dogmática: nuestra textura mental carece de las células en que se alojan las concepciones supra-sensibles de la mística; seguramente a causa de esa limitación, nuestro cerebro sólo se muestra accesible a las percepciones que en él suscitan los agentes de orden positivo; la fe, como creencia en lo sobrenatural o en lo milagroso, no comparece entre las ideas predeterminantes de nuestra psicología; pero eso no importa; porque, como con toda exactitud lo observa don Enrique Jiménez Núñez, una humanidad todavía emocionada, a vueltas de los recientes trastornos mundiales, hace esfuerzos cada vez mayores por acometer actividades que propenden a establecer un orden de cosas más en lo suyo con los reclamos de la razón y de la justicia; hay en las esferas del pensamiento una noble preocupación por hacer que el espíritu azorado eleve sus contemplaciones a las serenidades incontaminadas donde sólo se respiran los sanos efluvios de la concordia, y esto revela que la evolución espiritual del hombre se halla hoy en un período muy avanzado: en el horizonte las señales de los tiempos se entrecruzan y se combinan para delinear construcciones que darán grato albergue a la humanidad reconciliada en Cristo; teorías de ideales dicen en nuestros oídos las alabanzas de la mansedumbre, de la indulgencia, del amor y expulsan de nuestros corazones los afanes ominosos con que el sórdido utilitarismo nos atormenta y nos envilece; sí: un fuego sagrado depura nuestra vida; por eso, si el segundo advenimiento del buen Jesús es sólo una dulce y bella ilusión, el soñado y glorioso acontecimiento tiene, sin embargo, para todos, la alta significación de un símbolo que representa «el reino de Dios», ese que cada uno de nosotros lleva dentro de sí, «como sea digno de él», que «chacun crée sans bruit par la vraie conversion du coeur», tal como lo entendía el dulce Renán en aquellas especulaciones sublimes referentes al Maestro donde el razonador implacable diluía sus dolorosas conclusiones de crítico en ternuras y deliquios de poeta.

JUSTO A. FACIO

San José—junio—1924